

REFLEXIONES SOBRE LA “NUEVA CRISTIANDAD”¹

Dr. Gonzalo Fernandez

En agosto de 1934, Jacques Maritain pronunció en la Universidad de Verano de Santander seis conferencias que, corregidas y ampliadas, se publicaron en 1936 con el nombre de “Problemas espirituales y temporales de una nueva Cristiandad”, la que luego adoptó el nombre de “Humanismo Integral”.

Entre las lecciones cuarta y sexta, nuestro autor desarrolla su concepción de la “Nueva Cristiandad”. Ella no consistía en una reformulación religiosa del dogma o la liturgia, sino de las bases de una civilización que se inspire en los valores perennes del Evangelio adaptados para su aplicación práctica en el tiempo. La enunciación de la expresión desató una tormenta de proporciones a lo interno de la Iglesia y de los hombres de la cultura católica que casi terminó con la desautorización de Maritain por parte de Roma. En América Latina abundaron sus detractores, siendo quizá el más conocido el sacerdote argentino Julio Meinvielle, de gran influencia intelectual en el catolicismo argentino y autor de dos voluminosas obras destinadas a demostrar una supuesta incompatibilidad entre la recta doctrina y la obra maritainiana. Así Maritain, que desde su conversión al catolicismo, descolló en el pensamiento católico por su reivindicación y difusión de Santo Tomás de Aquino en el lenguaje y para los problemas de su tiempo, se convirtió para muchos en el “falso profeta”.

Han transcurrido ochenta años y mucha agua ha corrido por debajo de los puentes. La reflexión que me propongo hacer, incompleta y seguramente llena de errores, se refiere a uno de los ejes centrales: “el ideal histórico concreto de una *nueva cristiandad*”.

¹ Ponencia presentada en el V Coloquio Binacional Institutos “Jacques Maritain” - Chile-Argentina, Santiago de Chile, 9-11 de octubre de 2014.

En 1934 Europa Occidental, la geografía donde se había construido la “Cristiandad” del Moedioevo, donde se desarrolló su repliegue, el advenimiento de los absolutismos, la agresividad y antirreligiosidad del laicismo, el desarrollo de la democracia política y del concepto moderno de los derechos del hombre, se encontraba atenazada por la inminencia de un conflicto bélico de imprevisibles consecuencias, en el que estaban aliadas potencias que representaban dos formas de opresión de la persona humana, una de ellas abiertamente herética por su intención cuasi-religiosa, el nacional-socialismo alemán, y el otro, el fascismo, autocrático e incompatible con el cristianismo pero cuidadoso de las apariencias. Alemania e Italia, sus respectivas cunas, estrechaban filas por recíprocas necesidades geopolíticas. Enfrente, las debilitadas democracias occidentales de cuño liberal, esperaban impávidas que el expansivo Hitler avanzara sobre el territorio europeo movido por su impronta racista e imperialista y, acompañado de su socio “moderado”, presentaba sus ideas de orden en una Europa, y sobre todo en una Alemania, desmembrada y desordenada. La alianza guerrera de los Aliados occidentales con la Unión Soviética, realizadora práctica de otra manifestación totalitaria, pudo detener la locura. Los tres movimientos totalitarios gestados en el desmembramiento del pensamiento europeo, crearon sus respectivos mitos que sustituyeron la centralidad y la dignidad de la persona humana, presente en la doctrina social de la Iglesia Católica y en la mejor tradición europea desde los albores de su desarrollo intelectual. La Raza, la Nación y la Clase fueron más motivadoras que el Reinado de Cristo, ya rota desde siglos atrás la unidad eclesial y de fe del “mundo cristiano”.

Roma habló con claridad pero no fue suficiente para orientar a lo que todavía podía llamarse el “mundo cristiano”. Buena parte de éste se abroqueló, aunque con reservas, cerca del fascismo o movimientos afines,

al que sentían como protector de la agresividad del comunismo oficialmente ateo.

En países en los que la práctica religiosa aun era relativamente importante, en medio de un catolicismo cerrado sobre sí mismo, avaro de la verdad que Cristo le había confiado, muy poco preparado para enfrentar la gran aventura de reevangelizar el continente que había evangelizado y civilizado, añorante de la llamada “Cristiandad” medioeval, se produce la agresión totalitaria a la libertad en todos los órdenes y a la dignidad de la persona humana. Fue así que Maritain asume la tarea del filósofo comprometido, que quiere que el pensamiento del Aquinate sea útil para comprender los nuevos tiempos.

El centro de sus clases en Santander fue el humanismo y la Cristiandad. En Occidente, el humanismo reemplazó a la Cristiandad pero terminó al borde de la desintegración. Tengamos en claro: Maritain no se apartaba de su inquebrantable fe religiosa y de su fidelidad a la Iglesia sostenida en la autoridad del Papa para el conjunto que formaba lo que quedaba de la “civilización cristiana” y que no había adherido a la Reforma protestante. Es principalmente pensando en ellos que escribía, a la vez que tenía confianza que en este mundo que se había transformado mucho, habría algo por hacer luego de que se terminara de desmoronar el mundo burgués que se había apropiado de Occidente y de que fracasaran las aventuras totalitarias.

La confianza en las ideas que abrevaban en el Evangelio y en la doctrina tomista pensada a la luz de su tiempo, se desarrolló con la esperanza de que los cristianos deberían construir, con otros pues se había roto la unidad religiosa y filosófica, una nueva civilización, que también sería cristiana por su inspiración en los mismos principios, pero no ya *sacra* sino *profana* aunque *vitalmente cristiana*. Sería “*la nueva Cristiandad*”.

Debemos tener en claro algunos conceptos que utiliza Maritain:

Primero, el *ideal histórico concreto*.- No es una utopía, irrealizable pero movilizadora. Es una esencia ideal pero realizable aunque en forma incompleta, que alcanza un “máximo relativo a un clima histórico”.

Segundo, la *Cristiandad*.- Se trata de un régimen temporal que lleva la huella cristiana de la vida y por eso puede haber “Cristiandades diversas”.

Aunque no lo dice Maritain, me pregunto: la Cristiandad Medioeval fue forjada por la fe y las energías portadas por la Iglesia de Roma. Pero Bizancio, aunque no sufrió la temprana desmembración de la unidad imperial, ¿construyó en su Imperio una “Cristiandad”? La Rusia zarista, que expandió el cristianismo y la cultura a parte de Europa Oriental y al centro y oriente asiáticos, pese a su absolutismo -no mayor en muchos casos que el de algunos emperadores y reyes católicos- e imbuida de la fe transmitida por la ortodoxia rusa, ¿también – como en Occidente- con la ayuda de los príncipes terrenales, construyó una “Cristiandad”?

Maritain utiliza el principio filosófico de la “analogía” para referirse a diferentes realidades que comparten un núcleo común y encuentra que una “nueva Cristiandad” propia de su época, sería un régimen temporal fundado en razón, “**comunitario**” porque está ordenado al bien común, el que a su vez se ordena a la perfección y libertad espiritual y también a la realización material, intelectual y moral de la persona, y por ello “**personalista**”; y “**peregrinatorio**” porque el camino no se resigna a la injusticia, pero no alcanza en este mundo la felicidad de la perfección.

La Cristiandad medieval se asentaba sobre la idea del *Sacro Imperio* (aunque como hecho histórico no logró existir como fue pensado), una concepción *sacrocrisiana de lo temporal*, ideal histórico en el que la fuerza está al servicio de Dios, y la civilización temporal era, en cierto sentido, función de lo sagrado y suponía la unidad de religión.

Maritain caracterizaba a esa concepción *cristiano sacra de lo temporal*, con cinco notas específicas.

1) La tendencia a una unidad orgánica cualitativamente máxima, que no excluye la diversidad y el pluralismo –por eso orgánica-, y que centra la unidad de la ciudad temporal de modo visible en las unidades políticas que componen la Cristiandad, movidas por un impulso espiritual de origen religioso dirigido a la unidad de la Cristiandad. El ideal: unidad política bajo el Emperador y la unidad religiosa bajo el Papa.

2) El papel ministerial de lo temporal. Las cosas temporales, aunque distintas de las religiosas, tienen una *función ministerial* para éstas, de las que son *causa instrumental*, un medio para alcanzar la vida eterna.

3) Como derivación de lo anterior, el empleo de medios propios de orden temporal y político para el bien espiritual de los hombres y la unidad espiritual del cuerpo social, en cuya función el hereje es un agresor de la comunidad social temporal.

4) Diversidad de “razas sociales”, aproximadamente equivalente a lo que la sociología llama “estamentos”. Hay una disparidad esencial entre dirigente y dirigido, reconocida en base a la jerarquía de las funciones sociales y de las relaciones de autoridad política o de otras especies como la del trabajo.

5) La “ciudad” trabaja para la obra común, el establecimiento de una estructura social y jurídica al servicio de Cristo.

Disuelto el orden político feudal y sus fragmentos que perduran en la Modernidad, Maritain enfrenta lo que le parece son los estertores de la sociedad burguesa, la combatividad del proletariado, el autoritarismo castrador de libertades egoístas, tras lo cual una habrá de construirse una nueva civilización.

En la esperanza del fin de una época y el comienzo de otra, Maritain cree que, si bien a largo plazo, se podría realizar el ideal histórico de una “Nueva Cristiandad”, que es una *concepción profano-cristiana de lo temporal*, cuyas notas se fundarán en los mismos principios de aplicación analógica a los de la cristiandad medieval, aunque inversas a las de ésta y opuestas a las del liberalismo y del humanismo inhumano de la edad antropocéntrica.

Tales notas responderán a lo que podrá llamarse un *humanismo integral o teocéntrico*, una idea discernida en lo sobrenatural que se refleja en lo socio-temporal orientándolo y también son cinco, que se contraponen a las que hemos anotado para la “concepción sacra” de lo temporal.

1) Su primera nota es la estructura pluralista de la ciudad, una heterogeneidad orgánica en las estructuras económicas, jurídicas e institucionales. Destaca un pluralismo económico, con sus ramas de la economía industria y la agrícola y un pluralismo jurídico, que es el ámbito en el que rige la libertad religiosa.

Este pluralismo está alejado de la concepción liberal, pues reconoce la necesidad de una especificación ética, que es en definitiva religiosa, que si en la concepción medieval tenía sólo una orientación de conjunto, en la ciudad pluralista multiplica las libertades. La unidad de la comunidad temporal es esencialmente una unidad de amistad, que cumple

la función que en el orden medioeval desempeñó la fe. Maritain expresamente indica que la concepción política implica una *democracia personalista* con ciudadanos que, además de ejercer el sufragio, se consagren activamente a la vida política.

2) La segunda es la afirmación de la autonomía de lo temporal como *fin intermedio o infravalente*. Reconoce la primacía de lo espiritual, pero afirma la subordinación de lo temporal a título de *agente principal menos elevado*; el bien común terrenal no será un simple *medio* para la vida eterna, sino un *fin intermedio o infravalente* que en lo temporal tiene plenamente su función y dignidad de fin y de agente principal, aunque no supremo, por lo que se realiza en un Estado laico.

3) La tercera se refiere a la libertad de las personas, pero no a la sola libertad de elección del individuo, típica de la concepción liberal, sino a la libertad de autonomía que se confunde con la perfección espiritual. Así, emergen cada vez más por encima del orden temporal y político, la dignidad y la libertad espiritual de la persona. Los deberes para con Dios que según la concepción cristiana tiene el Estado, varía según las condiciones históricas, previendo Maritain que en el futuro prevalecería una influencia moral. La necesidad de que Cristo sea conocido compete a la Iglesia, no al Estado, pero éste debe ayudar a aquélla en el libre cumplimiento de su misión. En cuanto a la ley, además de su función de constreñir a determinados comportamientos, educa a los hombres para que se comporten voluntaria y libremente a lo que ella prescribe. Es un oficio de *pedagogo de la libertad*.

En el orden económico, se preocupa por el problema *de la propiedad de los bienes terrenales*, precisando la conocida *ley del uso común de los bienes*, según la cual el destino primitivo de ellos es para la especie humana, pero que, en cuanto la persona elabora y trabaja la materia

y somete a las formas de la razón, su apropiación debe ser privada; sin embargo, en atención a aquel destino común y a la necesidad de su utilización por cada persona, su uso debe por sí servir al bien común. Se declara simpatizante de la copropiedad basada en el “título del trabajo” que tiene por fruto el desarrollo de un patrimonio común.

En el mismo capítulo, trata de la *condición de la mujer en el matrimonio*, recordando que ha sido el cristianismo el que le ha dado el sentido de su dignidad y libertad personal. Fustiga la idea de la familia tipo *burgués*, fundada principalmente en la asociación material de intereses económicos, y hace mención –hace ochenta años- de la “crisis actual del matrimonio y la familia”, debida a causas económicas y a cierta ideología moral, el seudo-individualismo destructor de la sociedad doméstica por el cual la mujer reivindica una igualdad cuantitativa y material con el hombre.

4) La cuarta está en la base de las relaciones de autoridad, y se refiere a una paridad de esencia entre dirigente y dirigido. En el orden político, los órganos gubernativos tienen en Dios como fuente de su autoridad, pero sin revestir carácter sagrado; una vez designados, en ellos reside la autoridad en virtud del *consenso* y son vicarios de la “multitud”. En la *democracia personalista*, la libertad de la persona no es abstracta, sino que existen libertades concretas y positivas encarnadas en instituciones y en cuerpos sociales. Es el sistema que mejor respeta la dignidad de la persona humana cuando es sentido como vocación y conciencia cívica.

5) La obra común aparecerá como la obra humana a realizar en la tierra por la penetración del amor – cosa divina- en los medios humanos y en el trabajo humano. Su construcción sería realizar una vida común temporal verdaderamente conforme con aquella dignidad y vocación y con ese amor. Esa concepción sería utópica si la amistad fraterna se tuviera por único lazo y única base de la comunidad temporal. Siempre habrá un peso

material y hasta biológico de intereses y pasiones. Por ello se deben construir estructuras sociales, instituciones y leyes inspiradas en el espíritu de amistad fraterna y que orienten la vida social hacia ella.

La obra común no es de un *minimum doctrinal común* sino la realización de una *obra práctica común*. La perfección que supone una obra cristiana, aunque profana, implica a todo el cristianismo, su dogmática y su ética; pero como es profana, no exige de cada uno la profesión de todo el cristianismo para entrar en ella; su pluralismo hace posible la convivencia de cristianos y no cristianos en la ciudad temporal.

El tema de la “Nueva Cristiandad” también es abordado en el capítulo VI, donde Maritain desarrolla la cuestión de las *probabilidades históricas de una nueva cristiandad*.

Entre las condiciones de su realización, sostiene que lo primero es alcanzar la espiritualización de lo social, para generar una vida humana tanto en el corazón de la persona como en la calidad de sus instituciones, que supere el “economicismo” y el “politicismo” como hecho puramente técnico para obtener y ejercer poder.

Maritain cree que este ideal histórico necesitará de tiempo y paciencia para realizarse; antes hay que reintegrar las masas proletarias descristianizadas a las que debe encontrársele un papel histórico que supere la mera lucha de clases, y asignar importancia a los *medios*, tan necesitados de ética como los *finés*. En definitiva, habrá que esperar el derrumbe total de la sociedad burguesa.

Ochenta años han transcurrido desde que este ideal fuera escrito. Este libro fue un punto de quiebre con la tradición católica conservadora y de tendencia autoritaria en lo político, fue una fuerte afirmación antitotalitaria en un momento de auge de estas corrientes y

responsable de la emergencia de la convicción en el pensamiento cristiano que entre el liberalismo individualista y su producto económico, el capitalismo, y las distintas vertientes colectivistas, existe un tercer tipo, un ideal histórico concreto, el de una Cristiandad adaptada a los nuevos signos de los tiempos.

Esa fuerza motivadora se convirtió particularmente en un proyecto político, a menudo partidario –lo que no era del agrado de Maritain- y dio impulso a los partidos demócrata cristianos que emergieron con fuerza en la Europa Occidental de la posguerra y en algunos países de América Latina.

A ochenta años de distancia me hago las siguientes preguntas, y ensayo algunas respuestas:

1.- ¿Qué se ha logrado en torno al ideal histórico concreto propuesto?

Respondemos que se ha logrado mucho. Lo primero, y no es poco, la reconciliación entre catolicismo y democracia como forma política con todo lo que ella comprende en el ámbito de las libertades, incluida la religiosa, proclamada en los documentos conciliares. También debe destacarse la clarificación de una correcta relación de respeto y cooperación entre el Estado y la Iglesia Católica. No puede dejar de indicarse la influencia que tuvo toda la obra de Maritain, incluido el Humanismo Integral en su totalidad, en diversos documentos de la Iglesia, y en particular en la Constitución “Gozo y Esperanza – Sobre la Iglesia en el mundo actual” del Concilio Vaticano II, lo que ha sido destacado por Pablo VI al entregarle los ejemplares del Concilio en la Plaza de San Pedro como representante del mundo de la cultura y de la ciencia, como también

las palabras de dicho Pontífice cuando conoció del fallecimiento del filósofo.

2.- ¿Qué nuevos tópicos que Maritain haya olvidado o se hayan generado en tiempos posteriores, habría que incluir dentro de alguno de los cinco puntos o agregarlos a ellos?

El mundo de hoy no es el mismo que el de hace 80 años. El vertiginoso progreso de la ciencia y de la técnica, que han repercutido en la visión más elemental de la persona humana y de su organización, ha traído consigo nuevos temas que deben ser abordados con la mirada puesta en el hoy, dentro de la temática de un “humanismo integral”. Está en cuestión el comienzo de la vida humana y su trato ante la enfermedad y la inminencia de la muerte, a punto tal que se ha dicho y con razón que el mundo actual ha desarrollado una “cultura de la muerte”. La familia como célula básica de la sociedad se ha debilitado y la aparición de nuevas formas convivenciales que pretenden reemplazarla han generado relaciones de consecuencias impensadas hace pocos lustros. La lucha de clases se ha atenuado pero no se han humanizado las relaciones sociales provenientes de la organización económica; por el contrario, la sociología actual casi no habla de proletariado sino de *excluidos*, que es una nueva categoría, diferente incluso de la que el marxismo llamó lumpenproletariado. En su pequeña obra *Horror a lo económico*, la escritora francesa Viviane Forester² dice que el proletario luchaba para no ser explotado, mientras que el excluido ruega ser explotado con tal de tener trabajo. Las relaciones políticas y sociales transnacionales han generado también problemas no imaginables, tanto en el ámbito de las relaciones internacionales como en el de la producción económica, del comercio, de las finanzas, del derecho, y hasta del delito, pues no otra cosa es el tráfico de drogas, de armas y de

² Forrester Viviane, *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.

personas. Vivimos en una “sociedad líquida” según la aguda expresión de Zygmund Bauman, para referirse a esta postmodernidad sin formas estables, donde todo es relativo y donde lo que hoy está bien mañana está mal.

Todas estas situaciones deben ser estudiadas con más profundidad que hasta ahora con la misma actitud que tuvo Maritain frente a los problemas de su tiempo. Él se propuso renovar el tomismo para que sea una concepción que le permitiera comprender y proponer soluciones a los nuevos problemas de su tiempo.

3.- ¿Qué tópicos son ya innecesarios o superfluos, sea porque se han realizado o porque el tiempo demostró que así lo eran?

Es difícil afirmar que haya temas hoy superfluos. Puede ser que deban ser estudiados en algunas de sus manifestaciones nuevas. Por ejemplo, la democracia se ha expandido, pero sus vicios y deformaciones se han multiplicado, a veces de forma tal que la distorsionan. Pero hoy hay cuestiones que ya no están cuestionadas. Mucho se ha avanzado en el reconocimiento de los derechos humanos, aunque por paradoja, quizá nunca han sido tan sistemáticamente violados. Hay que volver sobre ellos pero no para justificarlos con otros fundamentos, sino para encontrar las formas de su efectiva vigencia.

4.- ¿Se mantienen o han cambiado las dificultades que señala Maritain respecto de las probabilidades históricas del proyecto?

Así como los puntos anteriores estarían vinculados a los contenidos del ideal histórico concreto que propuso Maritain, este cuarto se relaciona con el tema de su realización. No podemos ocultarnos la verdad de que las dificultades son mayores que hace ochenta años. El cristianismo en general ha perdido espacio en el mundo de la cultura; pareciera que en

su apertura a dialogar, en vez de vivificar ese mundo, éste lo ha apabullado; es como si hubiéramos aprendido a vivir a la defensiva, en la comodidad de lo interno donde nos sentimos depositarios de la promesa de que somos portadores de la verdad de Cristo. Aunque la profecía de Gramsci no se cumplió, no era descabellada su creencia de que el comunismo debía penetrar en la cultura de los pueblos y que el poder político llegaría detrás porque la primera incide en el desarrollo de la conciencia. Cuando el cristianismo se decide a no tener “enemigos” sino “prójimos” con los que hay que dialogar, recibe el que quizá es el más fuerte rechazo (excluyendo a los totalitarismos) desde la virulencia anticlerical –que en realidad era anticristiana- con vigencia entre los siglos XVIII hasta las primeras décadas del siglo XX. El relativismo explícito o implícito así como el materialismo práctico, tienden a predominar y a diluir el respeto por la fe y los aportes que ésta puede hacer para la construcción de un mundo más humano. Somos cuestionados en la prensa, en el mundo del arte y en el de la ciencia, y en las universidades, aun en las que se denominan “Católicas” pero que quieren mostrarse abiertas y plurales disimulando o renegando de su identidad.

Nosotros mismos debemos hacer un acto de autocrítica. Voy a un ejemplo práctico. Muchos hemos llegado a Maritain desde la política, o viceversa. ¿Hasta dónde llegó el testimonio? ¿Cuán fuerte ha sido el rechazo de alguna tentación maquiavelista? ¿Con qué fuerza se ha rechazado la corrupción? ¿Con qué prudencia política se han manejado principios como los del mal menor o el de la ética de situación? ¿Hemos sabido distinguirlos de las concesiones que dañan los principios? Yo me hice político al lado de hombres que hipotecaban sus casas para afrontar los gastos de las campañas electorales. Aunque la irrupción de la videopolítica ha incrementado exponencialmente los costos y quizá aquellos testimonios

sean irrepetibles, ¿mostramos a los jóvenes la misma actitud generosa invirtiendo en su formación?

Por supuesto que este tipo de preguntas se pueden replicar si pensamos en la presencia en otros ámbitos. Pero utilizando el léxico de Maritain en el Humanismo Integral, creería que puedo sintetizar este examen de conciencia preguntándonos si hemos asumido lo que él nos propuso: un humanismo heroico y una ruptura con el mundo burgués, individual y colectivamente.

Con todos los elementos que hemos proporcionado y las preguntas que nos hemos hecho hasta aquí, creo muy apropiado sintetizar con este pensamiento de don Julio Silva Solar que generosamente me ha proporcionado Sergio Fernández Aguayo, expuesto en 1996 en un Seminario sobre “El hombre y el Estado hoy”: **“El humanismo cristiano está consciente de que la nueva cristiandad no se propone necesariamente la construcción de una civilización cristiana como tal, sino más bien de una comunidad humana, de una ciudad a la medida del hombre. Y que en la obra de esta comunidad humana el cristiano ha de trabajar junto con todos los demás, creyentes o no, puesto que este trabajo se desenvuelve en un medio eminentemente pluralista (multireligioso, multirracial, plurisocial, y pluricultural) propio de nuestra sociedad contemporánea. En tal sentido la nueva cristiandad designa, más que un régimen o civilización, un nuevo modo de pensar y de actuar de los cristianos al interior de la sociedad y tal es lo que entendemos hoy por humanismo cristiano”**.

5.- Por último, ¿es válido llamar al ideal histórico concreto una “nueva Cristiandad”?

Con ese aporte de Julio Silva Solar y por las mismas razones, creo que no es correcto referirse a una “Nueva Cristiandad” fuera de la comunidad cristiana. El propio Maritain prácticamente no volvió a utilizar la expresión. En la era postmoderna, el llamado “mundo cristiano” se niega a sí mismo; la Unión Europea se negó a mencionar en el preámbulo de su fracasada Constitución las raíces cristianas de su cultura. Maritain escribía cuando, se estima, más del treinta por ciento de los franceses asistían semanalmente a Misa; hoy no lo hace ni el tres por ciento. Maritain invitaba a los “infieles”, a los no cristianos, a sumarse a la construcción de un ideal histórico concreto, pluralista, personalista y comunitario, tanto por su mención a lo sobrenatural que refracta sobre la sociedad, como su creencia de que los cristianos encabezarían la tarea. El continente latinoamericano es culturalmente cristiano, la mitad de los católicos del mundo viven en él, y sin embargo, es la región que más desigualdades sociales exhibe. ¿Qué hemos hecho los cristianos, los católicos para ser más concretos, de la sociedad que estamos llamados a construir?

Hoy debemos admitir que en este mundo irreversiblemente plural, aunque nosotros seamos portadores de la convicción que deriva de la fe y creamos en la acción sobrenatural en la construcción de un nuevo humanismo, la generalidad de las gentes no lo percibirá así. Y no por ello serán menos eficaces.

Creo con Roberto Papini que en el siglo XXI sería equívoco pensar en una “nueva cristiandad”³. Aquél gran médico y humanista español que fue Pedro Laín Entralgo, refiriéndose a la Iglesia Católica en ocasión de un comentario a la Encíclica “Paz en la Tierra”, decía hace ya cincuenta años que el cuerpo visible de la Iglesia comenzó siendo un grupo

³ Cf. Papini Roberto, “Postfazione. A cinquant’anni da *Umanesimo Integrale*: l’ultima lezione”, en Pavan Antonio (comp.), *Dopo Umensimo Integrale. Dibattiti di ieri, problema di oggi*, Casa Editrice Marietti, Castello, Perugia, 1992.

de comunidades que eran de hecho *islas*, con una gran vocación de universalidad, por lo que en la primera etapa fue una *Iglesia-isla en expansión*. Desde Constantino, y con la conversión religiosa de los gobernantes y la acción apostólica de los misioneros, se unificó el mundo europeo convirtiéndose en una *Iglesia-continente*. Con la Reforma y la secularización modernas, se quiebra lo que en el fondo era una ilusión medieval, para pasar a ser nuevamente una isla rodeada de infieles, de disidentes y de descreídos, lo que se hace más patente con la incorporación de los pueblos no cristianos a la historia universal; es una Iglesia a la defensiva, tentada de aliarse a todo evento con los poderes políticos todavía fieles. Es la etapa de las regalías y del *Syllabus* que es una *Iglesia-isla a la defensiva*. Desde León XIII y más notoriamente desde Juan XXIII, dice Laín Entralgo, la Iglesia ha comenzado a hablar a todos los hombres desde una situación histórica y socialmente insular, examina sus caminos y logros y “desde su catolicidad espiritual y sobrehistórica les fundamenta en la verdad – esa ‘verdad natural para todos’ sobre la que se levanta la ‘verdad cristiana’ y les envuelve con un amor más ancho, alto y hondo que el mundo”, por lo que la Iglesia ha comenzado a ser en su orden propio, el espiritual y sobrehistórico ... *isla envolvente*”⁴.

Que nuestro ideal histórico concreto se difunda con fuerza convergente con los ideales históricos concretos que tienen otras inspiraciones, y sea una *isla envolvente* que haga sentir en el mundo de la cultura, de la política, de la economía, de todo lo social, que en el aliento de los humanistas cristianos hay algo que a ellos mismos les falta y que les contagia en la mejor construcción de un proyecto común.

⁴ Laín Entralgo Pedro, “«Consecratio Mundi» (Exégesis de la encíclica «Pacem in Terris»)", en *Cuadernos* (Revista mensual de América Latina del Congreso para la Libertad de la Cultura), París, octubre de 1963, N° 77, pp. 33-39.